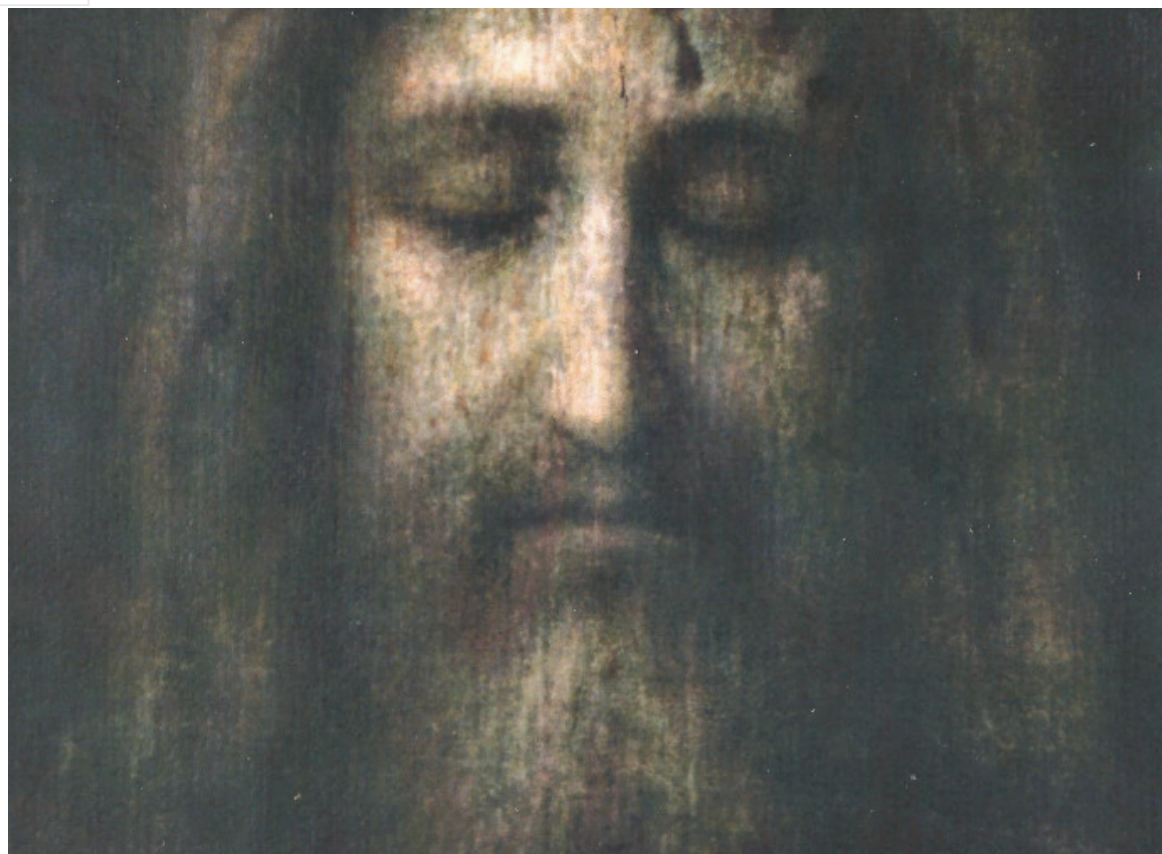


La fiesta

El Santo Rostro, luz que vence las tinieblas del mundo

ECCLESIA

04_03_2025



Recibimos y publicamos la meditación de un monje benedictino, escrita con motivo de la fiesta del Santo Rostro de Jesús, que cae hoy, martes de Quincuagésima.

En el Evangelio del Domingo de Quincuagésima (Lucas 18,31-43), leído en el *usus antiquior* dos días antes de la fiesta del Santo Rostro de Jesús, san Lucas nos presenta a un ciego sentado en el camino, un mendigo. Este ciego es la figura de toda la humanidad. Es la figura de aquellos que, aunque no ven nada, sienten los pasos de una multitud, de aquellos que se preguntan el sentido de lo que está sucediendo hoy en la Iglesia y en el mundo. Es la figura de aquellos que esperan que alguien les diga que Jesús de Nazaret está pasando; y también de aquellos que, movidos por una misteriosa infusión de esperanza, gritan diciendo: «Jesús, hijo de David, ten piedad de mí» (Lc 18,38).

Hoy, no menos que aquel día, hay quien querría silenciar el grito que brota de la esperanza. «Y los que iban delante le reprendían para que callase; pero él clamaba mucho más: Hijo de David, ten compasión de mí» (Lc 18,39).

Jesús se presenta. Se presenta ante los ojos ciegos del mendigo. En este instante, se cumplen las palabras del salmista: «El Señor ha escuchado el deseo de los pobres: Tu oído ha escuchado la preparación de su corazón» (Sal 10,17. *Desiderium pauperum exaudivit Dominus; præparationem cordis eorum audivit auris tua*). La ceguera del mendigo fue la preparación de su corazón. «"¿Qué quieres que haga por ti?". Él respondió: "Señor, que recobre la vista". Y Jesús le dijo: "Recobra la vista. Tu fe te ha salvado"» (Lc 18,41-42). En ese momento, los ojos del mendigo se abrieron para ver nada menos que «la luz del conocimiento de la gloria de Dios, en el rostro de Cristo Jesús» (2 Cor 4,6).

No hay ceguera, no hay enfermedad, no hay oscuridad, no hay vacío que no pueda, en la misteriosa Providencia de Dios, servir para preparar el corazón a la contemplación del Santo Rostro de Jesús. Las semillas de la verdadera devoción al Santo Rostro están plantadas profundamente en la tierra de la humanidad, en un humus fecundado por la acumulación de todo lo que el hombre pierde, de todo lo que se pudre e incluso de las culpas que le obligan a gritar piedad.

Hace veinte años, el 1 de abril de 2005, el día antes de la muerte de san Juan Pablo II, el entonces cardenal Joseph Ratzinger, en Subiaco, dijo:

«Necesitamos hombres que mantengan la mirada fija en Dios, aprendiendo de Él la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto esté iluminado por la luz de Dios y a quienes Dios abra el corazón, de modo que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de los demás».

En la oscuridad de la hora actual, la fiesta del Santo Rostro de Jesús es una invitación urgente dirigida a todos, pero ante todo a los pastores de la grey de Dios (cf. 1 Pedro 5,2: *Pascite qui in vobis est gregem Dei*. «Pastoread la grey de Dios que os ha sido confiada»). La multitud de aquellos que vivieron y murieron con la mirada fija en el rostro de Cristo, los santos de todas las épocas, dicen al unísono: *Accedete ad eum, et illuminamini; et facies vestrae non confundentur*. «Acérquense a él y serán iluminados, y sus rostros no se sonrojarán» (Sal 33,6). Esta fue la mensaje del futuro papa Benedicto XVI en aquel día de primavera de hace veinte años, en Subiaco:

«Solo a través de hombres tocados por Dios, Dios puede volver a los hombres. Necesitamos hombres como Benito de Nursia, que, en una época de disipación y decadencia, se hundió en la más extrema soledad, logrando, después de todas las purificaciones que tuvo que sufrir, volver a la luz».

No hay ascenso a «Dios, que habita en luz inaccesible, a quien nadie ha visto ni puede ver» (1 Tim 6,16) que no sea una aspiración al Rostro de Cristo. Fuera de la luz que resplandece en el rostro de Cristo, todo es tiniebla. La devoción al Santo Rostro de Jesús es, de hecho, la traducción práctica de la enseñanza presentada en la Declaración *Dominus Iesus*, elaborada por la Congregación para la Doctrina de la Fe bajo la dirección del cardenal Joseph Ratzinger:

En primer lugar, es necesario reafirmar el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo. En efecto, debe creerse firmemente la afirmación de que en el misterio de Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, que es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6), se da la revelación de la plenitud de la verdad divina: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27); «A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado» (Jn 1,18); «En Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad y vosotros tenéis en él parte de su plenitud» (Col 2,9-10).

Al celebrar las primeras canonizaciones de su pontificado, el 23 de octubre de 2005, Benedicto XVI volvió a dirigir la mirada de la Iglesia hacia el Rostro de Cristo, citando el ejemplo de san Cayetano Catanoso, «amante y apóstol del Santo Rostro de

Jesús». El teólogo y Sumo Pontífice alemán no se abstuvo de citar al humilde sacerdote italiano: «Si queremos adorar el verdadero Rostro de Jesús (...), podemos encontrarlo en la divina Eucaristía, donde con el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, el Rostro de Nuestro Señor está oculto bajo el velo blanco de la Hostia». A aquellos que se acercan a Él en el Sacramento de su Amor, buscando la luz de su Rostro, Nuestro Señor Jesucristo repite lo que le dijo al mendigo en el camino: «Recupera la vista. Tu fe te ha salvado» (Lc 28,42).

En este Año Jubilar de 2025, marcado por la oscuridad y la incertidumbre para muchos, la fiesta del Santo Rostro de Jesús ofrece una inyección de esperanza a las familias, parroquias, monasterios, comunidades religiosas y personas individuales. Es, al mismo tiempo, una invitación a repetir las palabras del profeta Daniel en una intensa súplica por la Iglesia universal: «Haz resplandecer tu rostro, oh Dios, sobre tu santuario» (Dn 9,17).